

5. RESEÑAS

Una república de las letras. Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y Estado. Miguel Dalmaroni. 2006. Rosario: Beatriz Viterbo.

Este nuevo y provocativo texto de Miguel Dalmaroni se inaugura con un postulado desafiante: “la literatura argentina es corta y es mala”. Luego del escándalo inaugural, el crítico sale a buscar esquinas para encontrarse con los textos fundacionales de la literatura argentina. La primera escena de lectura acontece en una clase universitaria y los estudiantes “que han soportado mis cursos” se convierten en privilegiados lectores imaginarios del libro. Ante el reconocimiento de una carencia sale a la palestra el profesor con “un impulso antológico magnánimo si pretendemos no quedarnos con las manos vacías”.

El diálogo inunda el texto, su autor va marcando las puertas de entrada a su propia escritura y provoca a su curioso lector con avisos, desvíos, anexos y una coda. “A excepción del final del punto 3, y del 4, estas notas reúnen alguna información disponible y más bien básica, de modo que podrán ahorrar trabajo a los legos que fatiguen los temas de este libro pero resultarán ociosas para los especialistas. Creo no obstante que recuerdan cuestiones técnicas cuya consideración es necesaria para entender con qué materia Lugones procuraba construir una política de la lengua” (197).

A la manera de Cortázar, el libro se organiza en los capítulos del lado de acá del crítico, del lado de allá del escritor y los capítulos prescindibles, rincones en los que se explicita la urdimbre de la escritura. Con distintos tonos narrativos explora las principales tesis de Ángel Rama sobre las posiciones de los escritores-artistas durante el fin de siglo de la modernización y las vinculaciones de los cuadros profesionales con el Estado y la política.

Dalmaroni trabaja en la emergencia de las obras preguntándose sobre

el proceso mismo que siguen las letras, juzgando sobre la marcha, organizando colecciones de libros distintos. “Nosotros también tuvimos un raro. Es lo que vienen a decirnos, cuando narran la vida de Emilio Becher, algunos jóvenes escritores argentinos del 900”. Revisita los lugares comunes de la historia de la literatura argentina y explicita los modos de construcción de los mitos nacionales y de los mitos generacionales en el momento de su emergencia. En los casos paradigmáticos de Rojas y Lugones, señala Dalmaroni, mientras inventan figuras de escritor en las que es constitutiva la imagen de un pacto con el estado, trabajan para el gobierno. Ocupan una nueva posición en la ciudad modernizada, son los organizadores y los administradores de su cultura: escriben libros por encargo, planifican reformas educativas o se desempeñan como docentes.

“En la experiencia de lo que llamamos arte pasa algo que no pertenece al orden de la comunicación”. El autor se ubica políticamente frente a las definiciones de literatura como arte. Compromete los conceptos de juego revertido, de “descomposición-composición” y polemiza con la “reducción comunicológica” de la literatura. La polémica es feroz, cuando habla de la “reducción lingüística” como de un campo que ha sido capaz de ridiculizar la idea, un tanto curiosa por cierto, de la existencia de un pasado material, acerca del cual “podemos alcanzar a saber algo”.

Arte y literatura son, para Dalmaroni movimientos de fractura y de quiebre. Se definen como modulaciones del conflicto que se produce “entre las lógicas de intercambio y un tipo de acontecimiento que precisamente corta el circuito, interrumpe la comunicación y es ajeno al régimen de representación” (13). Si el artista moderno es asocial, “los compromisos que se estudian aquí entre nuevos escritores y nuevo estado subrayan la distancia, la confrontación o la ajenedad” (14). La investigación reedita dos problemas de la historia de la literatura argentina: la profesionalización de la escritura y los sueños democratizadores de la educación.

Otro aporte importante del libro es la delimitación de la expresión “república de las letras”. Dalmaroni adopta esta figura para referirse a un proceso histórico particular. No se trata de la repetición de la alegoría del gobierno de la ciudad en manos de poetas sino más bien “de una concesión

que lo corrige al destinar para el jefe de Estado o el hombre de acción un suministro espiritual imprescindible que sólo el escritor-artista moderno, su ventrílocuo, podría proporcionarle” (16). Esta alianza entre escritores y Estado que se organiza en torno a 1910, se rompe en la figura de Juan José Saer, el último gran escritor modernista de la literatura argentina, autor de *Glosa*, “nuestra mejor novela moderna” (227). Saer compone la figura de un escritor responsable en tanto persigue la “moral de la forma”, la suya es una moral puramente artística y por lo tanto, antiestatal. El otro corte de esta tradición organizada por el prolijo itinerario de Dalmaroni se representa con la escritura de Aira y la emergencia de una imagen del artista irresponsable. “El artista *Aira*, persigue una subjetividad completamente desanudada, no confrontada sino más bien ajena a nociones *edificantes* como responsabilidad, estrategia o gusto. Aira, en efecto, busca *atontar* con “brillitos” diminutos cualquier razón que no sea él mismo” (230).

La crítica no construye obras pero sí una literatura entendida como corpus orgánico, fue la sutil sentencia de Ángel Rama en los complejos años 70, cuando la revolución se sentía próxima. Dalmaroni, en el 2006 hace una apuesta aún más fuerte y diseña los prolegómenos de un proyecto intelectual vanguardista. Se aleja de las prefiguraciones del canon e incorpora un nuevo lector y sus mediadores: el sujeto secundario.

“Escribimos crítica porque enseñamos literatura en las universidades; y allí, casi todos nuestros alumnos se preparan para trabajar como docente de lengua y literatura en la escuela secundaria. Podemos tratar de expandir nuestro trabajo hacia otros territorios, y a menudo lo hacemos; podemos probar otras formas de intervención crítica o inventarlas, pero no porque carezcamos de laguna: improbablemente entusiasmados, apasionados, conflictuados, fastidiados o, en el peor de los casos indiferentes, el modo principal en que de hecho intervenimos es ese –el de mayor alcance–, y nuestro interlocutor, apenas indirecto, el *sujeto secundario*, está allí” (18).

El libro se escapa del manual de cátedra y se ubica en los “arrabales” identificados por Gustavo Bombini, pocas escrituras tan localizadas como ésta. Se inscribe en su tiempo histórico, en el país al que pertenece, en la sociedad en la que vive, coordenadas que explican las decisiones funda-

mentales de su tarea intelectual. Se debate entre el juego abierto y el juego regulado por la academia en la que el mismo Dalmaroni participa y organiza sus saberes.

Rossana Nofal

Universidad Nacional de Tucumán-CONICET

***Cosa de Negros*. Washington Cucurto. 2003. Buenos Aires: Interzona.**

Excesos, corrupción y marginalidad son los pilares que, según Santiago Vega en *Cosa de negros*, marcaron la década de los noventa. Con el seudónimo de Washington Cucurto –personificado en su propio relato– busca crear un nuevo espacio para dar voz a una marginalidad silenciada.

La novela recrea el contexto del esplendor menemista, una fiesta en la que conviven pobres y ricos, empresarios y obreros. El autor explora la oralidad de personajes cotidianos y anónimos. Los relatos de Cucurto ingresan a un mundo delirante con un lenguaje vertiginoso y barroco. El *background* de la cumbia, sumado a las escenas de sexo violento y descarnado, construye una atmósfera inverosímil en donde todo puede suceder, dando lugar al “realismo atolondrado” una estética creada por el mismo autor para inscribir los extremos “Noches vacías” y “Cosa de negros” son los dos relatos que integran la novela.

Atravesado por el “argot callejero”, la primera parte –que lleva el título de una canción de Gilda–, refleja una mirada crítica sobre la vida de las bailantas, lo efímero del amor y la construcción de las relaciones. La música acontece mientras todos son felices, mientras son pobres, mientras son violentos y violentados, la cumbia pasa a ser centro de la periferia en el margen de la gran ciudad. En el segundo relato el autor busca una representación del “otro” con lemas peronistas en una Argentina tipificada y revela-